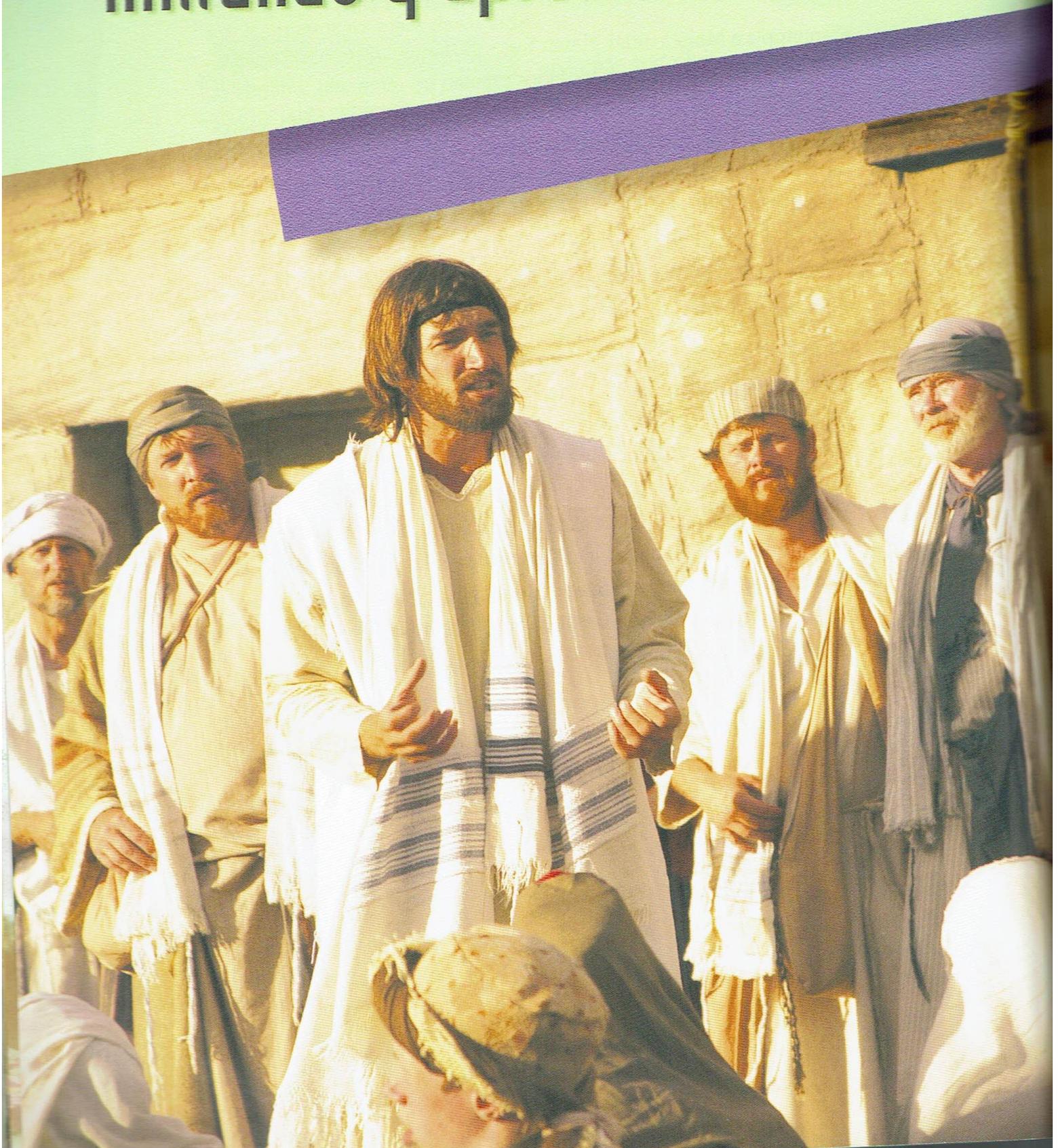


# Imitando y aprendiendo



Carta U  
12

## Querida hija... Querido hijo...

En mi carta anterior te hablé de José y de Moisés. En esta me propongo referirme a quien en un tiempo se llamó Saulo de Tarso. Su historia impresionaba y cautiva como pocas. Nacido de una familia farisea, vino al mundo en los días en que su país, dominado por los romanos, formaba parte del imperio de los césares. Desde el punto de vista humano, sus padres gozaban de toda clase de privilegios y de bienestar. Socialmente hablando, eran una familia importante, de manera que le dieron al joven Saulo toda clase de oportunidades. Sus maestros fueron los mejores que podían conseguirse en aquella época y, como era despierto, absorbió rápidamente toda clase de enseñanzas y conocimientos.

Nacido y criado en un ambiente farisaico, Saulo sintió dentro de sí, con todo fervor, los defectos y las cualidades de su raza. Ya te recordé que el pueblo hebreo a la sazón estaba bajo el dominio de los romanos. Una vez más había perdido su libertad y, como en otras ocasiones, soñaba con ella y anhelaba que se levantara un nuevo Gedeón, un nuevo libertador que sacudiera el yugo de los opresores. A medida que el joven Saulo crecía, por su fuerza, por su integridad, por su fervor, por su inteligencia y por la hondura de sus sentimientos, atraía la atención y el interés de quienes tal vez comenzaban a ver en él el caudillo esperado. Saulo mismo participaba del



anhelo de su pueblo. También él quería su libertad. Su espíritu era demasiado elevado para aceptar sin lucha una situación afrentosa para él y para su pueblo. Posiblemente hubo conversaciones y reuniones secretas que quizá maduraron en un plan de acción general con miras a liberarse de los romanos.



Pero, ¿recuerdas?, fue en aquel tiempo cuando comenzó a difundirse por Galilea y por toda Palestina la inconcebible enseñanza de Jesús de Nazaret. ¿Cómo no llamar inconcebible a una enseñanza que en una época en que todos odiaban, decía que había que amar y perdonar? ¿Cómo no llamar inconcebible a la enseñanza de Jesucristo que en aquel tiempo de violencia reclamaba tolerancia y mansedumbre? Si nos ubicamos en la posición de Saulo de Tarso, comprenderemos perfectamente su actitud. Veremos con claridad por qué se convirtió en activo perseguidor del cristianismo. Había abrazado la causa de la libertad de su pueblo con todo el fervor y la sinceridad de su alma. Su odio hacia el dominador romano era tan intenso como su amor hacia las tradiciones de su raza. Según los planes trazados, la libertad de su pueblo dependía de la voluntad y la decisión de cada uno de los hombres para actuar en el momento esperado. Pero si esa doctrina de tolerancia, de perdón y de amor hasta para los enemigos, se difundía entre el pueblo como amenazaba hacerlo, ¿adónde irían a parar los planes de rebelión que se estaban gestando y que tan queridos le eran?

Saulo rechazó, pues, la enseñanza cristiana y comenzó a perseguir a quienes la sustentaban. Por otra parte, ¿quién era el Nazareno? ¿Se trataba acaso de algún ilustre fariseo contemporáneo? ¿En qué brillante medio había nacido? ¿Qué riqueza o poder humanos poseía?

¿A los pies de qué gran maestro había estudiado? ¿Había sido, como Saulo, discípulo de Gamaliel? No, nada de eso. No había absorbido la sabiduría de los grandes maestros de la época; no poseía poder ni riqueza, ni descendía de una familia ilustre en Israel. Y por si fuera poco decían que había nacido en un establo de Belén.

Para evitar el peligro que, según Saulo, el cristianismo suponía para los planes de libertad y para las tradiciones de su pueblo, se dio a perseguirlo. Como comprenderás, al hacer tal cosa, más de una vez tuvo que tratar con los cristianos. Oyó sus testimonios, vio de cerca sus vidas, escuchó una y otra vez la historia de Jesús de Nazaret. Presenció a la muerte de Esteban, escuchó las palabras admirables que este mártir pronunció antes de sucumbir bajo las piedras homicidas, y temió más que nunca a Jesús.

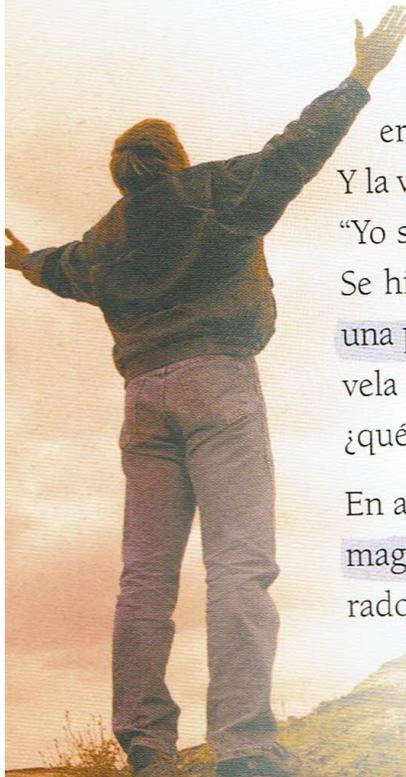
¿Me preguntas por qué afirmo que lo temió más? Es muy fácil deducirlo. ¿Acaso no redobló sus esfuerzos contra él? ¿Por qué intensificó la lucha? No nos preocupa lo que no tememos. Saulo estaba profundamente preocupado. Quizás en el fondo de su corazón habían comenzado a hacer su obra las expresiones que acerca del Maestro repetidas veces había oído de labios de los cristianos. Saulo, que a pesar de todo era sincero y no perseguía por maldad sino por convicción, comprendió que era una situación que debía resolver de una vez por todas. Impetuoso como era activó la persecución. Quiso extender su obra hasta más allá de Jerusalén. Había oído que en Damasco se multiplicaban los cristianos y pidió cartas de presentación para las autoridades de esa ciudad; acompañado de su séquito, salió un día hacia dicho lugar.

Para mí, hijo mío, es admirable la integridad de Saulo aun en esta época equivocada de su vida. La nobleza de sus principios resalta





en todo lo que hacía. Creía estar obrando bien, y en nada de lo que hizo se percibe el más leve matiz de perversidad. Todo en él era honradez, hasta su error. Lo que necesitaba era que la luz de la verdad iluminara su alma. La prueba máxima de su integridad la dio allá en el camino, cuando la ciudad de Damasco, a la cual se dirigía, ya estaba a la vista. La mayor parte del viaje estaba hecha. Le faltaba poco para atravesar las puertas de la ciudad y presentar sus cartas de recomendación a las autoridades damasquinas. Se lo recibiría, sin duda, de acuerdo con sus méritos, pues su nombre era por cierto conocido, como conocida era su actividad contra el naciente cristianismo. Saulo iba completando en su mente los planes de acuerdo a los cuales obraría en su nuevo campo de acción, cuando de pronto, de pronto ocurrió lo inesperado. Súbitamente se vio envuelto en un resplandor de luz y cayó al suelo; mientras estaba allí, tendido, oyó una voz que le decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9: 4).



¡Qué acento de indefinible ternura y de amoroso reproche tenía esta voz! ¿Quién era el que le hablaba? Saulo lo presintió. Más aun, tuvo la certidumbre de que quien le hablaba era el Crucificado. Preguntó, sin embargo: “¿Quién eres, Señor?” Y la voz, la misma voz que había llegado a su corazón, le respondió: “Yo soy Jesús, el mismo a quien estás persiguiendo” (Hechos 9: 5). Se hizo un momento de impresionante silencio y luego Saulo hizo una pregunta que lo muestra de cuerpo entero, una pregunta que revela toda su honradez, sinceridad e integridad. Preguntó: “Señor, ¿qué quieres que haga?”

En aquellos instantes tan dramáticos e intensos Saulo vislumbró la magnitud de su error y sin la menor vacilación, porque era honrado e íntegro, se puso en las manos y bajo la dirección de Aquel a

quien había perseguido hasta hacía unos momentos. El que preguntó: “Señor, ¿qué quieres que haga?” no era ya Saulo de Tarso, sino el gran apóstol Pablo, un hombre digno de ser imitado.

La profesión de fe hecha por el apóstol en aquel momento tan impresionante y definitivo para él fue de tal naturaleza que ni las burlas, ni la cárcel, ni la muerte, pudieron mellarla. ¡Qué firmeza la suya! ¡Qué confianza en su Maestro, que es también el tuyo y el mío! ¡Con cuánta profundidad expone la doctrina cristiana! ¡Cuán fiel es a ella! ¡Cuánto optimismo hay en sus palabras a pesar de los sufrimientos por los cuales tuvo que pasar! En todo cuanto escribió no se nota ni el más leve matiz de queja o de pesimismo. Cuando, anciano ya, se hallaba encerrado en una cárcel de Roma, sabía que lo único que le esperaba era el martirio, y escribiéndole al joven Timoteo y a todos los jóvenes de todos los tiempos, dice: “He peleado la buena batalla, he llegado al término de la carrera, me he mantenido fiel. Ahora me espera la corona merecida que el Señor, el Juez justo, me dará en aquel día. Y no me la dará solamente a mí, sino también a todos los que con amor esperan su venida gloriosa” (2 Timoteo 4: 7, 8).

José, Moisés, Pablo, tres nombres, tres vidas, tres ejemplos dignos de imitación.

Estudia, hija mía... hijo mío, estas vidas. Lo que te he dicho acerca de ellas no es más que una parte insignificante de lo que podría decirse. En el ambiente en que te toque vivir, en los asuntos que debas resolver, en los problemas entre los cuales te hayas de debatir, en las resoluciones que debas tomar, en las veces que debas decir sí o no, en los principios que rijan tu vida, en las pequeñas cosas de todos los días, en todas estas cosas, que tu integridad y honradez sean tan inquebrantables como las de José, Moisés y Pablo.

